

Algunas consideraciones sobre las cuentas de collar con aletas

por

María Francisca de Jáuregui

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, de la Universidad Central



A revista de la Sociedad Suiza de Prehistoria del año 1944 publica un ensayo, firmado por Marc R. Sauter, sobre un tema altamente sugeridor. Se trata de la historia de las cuentas de collar con aletas, y le incita a ocuparse de ella la noticia que de la aparición de un ejemplar de esta especie da a conocer el señor Ischer en su obra sobre los palafitos de Bienne. Esta perla con aletas fué encontrada en la estación neolítica de Mörigen; parece ser que es la única existente hasta ahora en Suiza y su rareza hace suponer a su descubridor que tal vez haya que pensar en relaciones comerciales para explicarse tal hallazgo.

Efectivamente, en otros lugares geográficos se han encontrado estas perlas en mayor número y llama, sobre todo, la atención la frecuencia de ellas en las estaciones neolíticas del sur de Francia y muy especialmente la abundancia con que se presentan en la caverna sepulcral del Trou de Viviés, en Narbona, explorada por Th. y Ph. Hélena, en cuyo material es notable no sólo el número sino más aún la circunstancia de poder seguirse en esta colección de 209 piezas las fases evolutivas de estas cuentas desde un claro naturalismo hasta una estilización avanzada. Pudiera decirse que este ajuar nos proporciona él solo la respuesta para las objeciones que a propósito de la significación de tales objetos han hecho algunos especialistas y sobre las que luego me propongo insistir.

Señalado este foco preponderante del mediodía francés, podemos indicar ya sobre el mapa los demás lugares de hallazgo, algunos de ellos esporádicos, dados a conocer en su trabajo por el señor Marc R. Sauter, y a los que me es dado añadir otros de cuentas similares correspondientes al Egipto Medio, durante las culturas Badariense y Tasiense (neolítico) y una exacta a las que nos ocupan, halladas en el cementerio de Mostagedda, en un conjunto de la IV dinastía.

Observando la distribución de estos hallazgos sobre el mapa, hemos de notar en primer término su gran área de dispersión, que en efecto abarca, partiendo del que hasta ahora aparece como centro más importante, o sea la Francia meridional, desde el Norte hasta la Prusia Oriental; por el Este hasta Ucrania; por el Sur hasta Paros, Palestina y Egipto, y por el Oeste hasta la Charente.



Fig. 1.—Distribución geográfica de las cuentas de collar con aletas

En cuanto a la cronología de estas estaciones, es el neolítico para las estaciones del mediodía de Francia, habiéndose encontrado también cuentas con aletas en Aparra, Alpes marítimos, durante el bronce tardío.

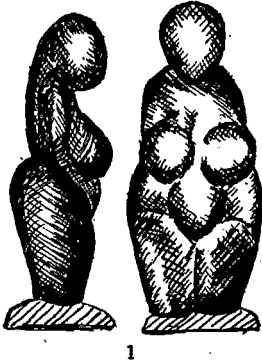
El señor Marc R. Sauter no menciona en su trabajo la caverna del Trou de Viviés, con mucho la más importante bajo este aspecto, lo que hace pensar que la desconoce. Esta estación no parece salirse tampoco del mismo período.

Las perlas de Mörigen y las del lago de Clairvaux, solas de su especie encontradas hasta ahora en estaciones lacustres, tampoco contradicen esta atribución.

En Europa oriental, según Childe, aparecen amuletos muy parecidos a

estas cuentas con aletas en las tumbas del cicladiense antiguo de la isla de Paros, cuyo bronce antiguo se ha relacionado con la civilización megalítica pirenaica.

Los hallazgos de Ucrania (nuestra estación más oriental) consisten en elementos de collares en cobre, parecidos a estas perlas y que se sitúan en los comienzos del bronce.



En Prusia oriental (punto más al norte de nuestro mapa) la cronología no está tan bien establecida: la cuenta pertenece a un conjunto de objetos de ámbar que se atribuye al neolítico. El origen de este objeto no puede explicarse únicamente por el comercio, puesto que está hecho en ámbar local.

Los hallazgos de Bad Cannstatt (Stuttgart) consisten en dos cuentas acopladas, pertenecientes al neolítico, en el que esos objetos son frecuentes, y

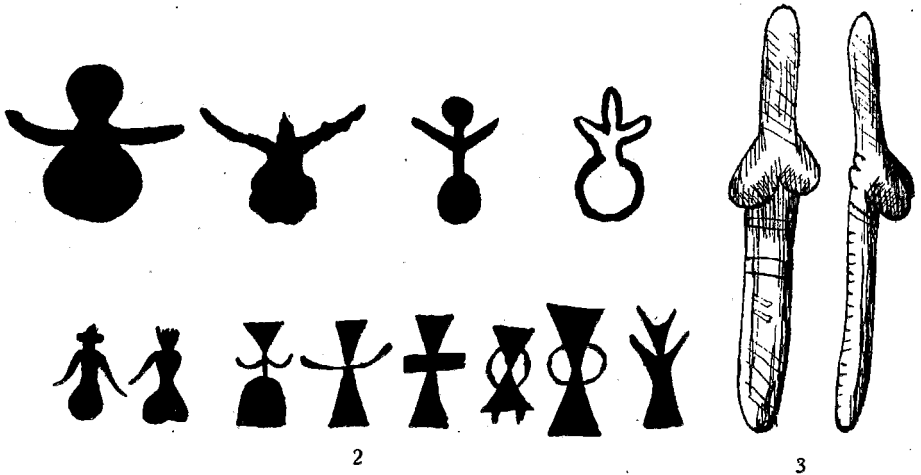


Fig. 2.—1, venus en esteatita de Mentone (auriñaciense); 2, figuras femeninas con falda (OBERMAIER); 3, ídolos femeninos postpaleolíticos (OBERMAIER).

aquí los cuenta Marc R. Sauter como los parientes cercanos de la perla de collar con aletas, a mi modo de ver con razón.

Igualmente justificada encuentro esta misma atribución hecha por Marc R. Sauter para las cuentas de collar fabricadas con dientes de ciervo, pertenecientes al natufiense (mesolítico) de Mugharet-el-Ouad (Monte Carmelo, Palestina).

La misma hipótesis, también del citado autor, sobre un colgante en bronce de Kepno (Polonia), perteneciente al bronce II o III no me parece tan clara-

mente justificada, aunque pudiera considerarse una forma muy degenerada del tipo primitivo.

Por fin, los hallazgos de Egipto, como he dicho, son también atribuibles al neolítico.

Tenemos, pues, que todos estos descubrimientos pueden situarse cronológicamente desde el mesolítico, a través de todo el neolítico, hasta llegar a

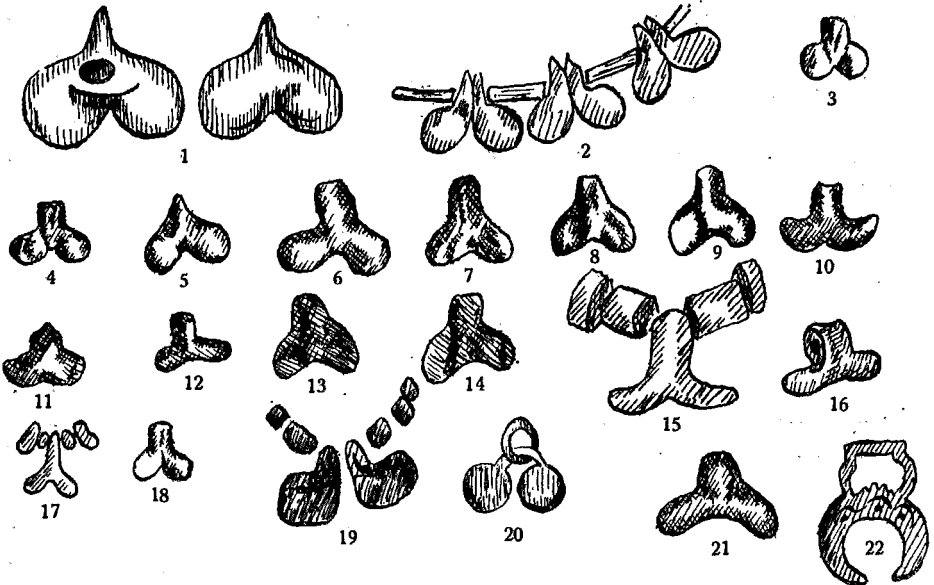


Fig. 3.—1, Vistonice o Pekarna auriñaciense (Moravia); 2, estación natufiana (mesolítico), Mugharet-el-Quad (Palestina); 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, caverna del Trou de Viviés (Narbona), neolítico; 15, Aveiron, Francia (neolítico); 16, dolmen de Montaubert, Aveyron (Francia); 17, Kourganea (Ucrania). Perlas en cobre de principios del Bronce; 18, Schwarzort (Prusia Oriental). Perla en ámbar negro; 19, Bad Cannstatt (Stuttgart, Württemberg), neolítico (dientes de ciervo); 20, Kepno (Polonia). Colgante en bronce. Brouce II o III; 21, estación neolítica lacustre de Mörigen (Suiza); 22, amuleto portugués actual.

la plena edad del Bronce, o sea durante un período que va, aproximadamente, de los 5.000 a los 1.000 años a. J. C.

Pero he aquí que he dejado, de intento, para el final una serie de consideraciones, acaso aventuradas, pero que sin poder remediarlo han ido abriéndose camino en mi pensamiento a medida que me detenía en la observación de los datos que llevo expuestos.

El señor Marc R. Sauter comienza precisamente su trabajo por donde yo voy a terminarlo, es decir, dando una hipótesis sobre el origen y significación del objeto que nos ocupa, y a ese fin cita y reproduce unas cuentas de collar

dadas a conocer por M. K. Absolon en 1939, procedentes de la estación aurifiaciense de Vistonice o Pekarna, en Moravia.

Una cuestión previa quisiera aclarar sobre el material de este yacimiento y la interpretación que de él da M. K. Absolon y con la que parece estar de acuerdo Marc R. Sauter. M. K. Absolon, partiendo de un objeto que identifica como una versión degenerada de las famosas venus paleolíticas, supone que las cuentas de collar con aletas aparecidas en la misma estación representarían los senos de dicha Venus y serían así símbolo de la fecundidad, pero en su signo femenino.

Mi modesto, pero terminante sentir, es contrario a esta suposición y no creo que a la vista del dibujo que presento de dicho objeto puedan caber demasiadas vacilaciones sobre su significado fálico. Siempre las representaciones femeninas, a lo que yo conozco, afectan formas muy distintas a éstas, y precisamente las Venus aurifiacienses, caracterizadas por su exagerada esteatopigia, pudieran considerarse como el extremo más alejado de esta supuesta hermana que se pretende adjudicarles. A mayor abundamiento, las numerosas estilizaciones que de figuras femeninas nos ofrece el arte de estos remotos períodos, suelen afectar formas triangulares o redondeadas, como puede apreciarse en estos dibujos que copio de una obra de Hugo Obermaier. Aparte de esto, tampoco conozco ningún pueblo que haya considerado los senos como símbolo totémico. Y hecha esta digresión, vuelvo a tomar el hilo de lo que iba a decir respecto a la estación de Vistonice.

Como se observará, dicho yacimiento se sale ya por completo del cuadro cronológico establecido antes, haciéndonos dar un salto en el tiempo de unos 25.000 años sobre la fecha del más antiguo de los descubrimientos anteriores. Verdaderamente la distancia puede parecer excesiva y aun se me ha sugerido la idea de que la relación que Marc R. Sauter establece entre éste y los otros hallazgos podría considerarse como improcedente; pero yo me permito disentir de esa opinión y me inclino, por el contrario, a favor de lo sostenido por M. R. Sauter respecto a este extremo, pues si bien esa duración sería acaso excesiva si se tratase de alguna forma particular de arte o técnica, sujeta a caprichos de la moda o al progreso material, no lo es teniendo en cuenta que estas perlas no deben ser consideradas como meros adornos, sino como amuletos y objetos a los que se atribuía un carácter mágico o totémico, cuyo carácter parece confirmado, además de por su estructura, por el dato de que estas perlas, en los collares primitivos, se situaban en el centro, a la manera de los pectorales egipcios, alternando en tal lugar con las piezas triangulares, símbolos de la maternidad, aunque en épocas más avanzadas se colocan ya todo alrededor del cuello, a menudo combinadas con estas mismas piezas triangulares, como sucede en el collar del Trou de Vivíes.

En efecto, así han sido consideradas por la mayor parte de los autores, a los cuales me uno sin duda, ya que la simple observación de estos objetos parece justificarlo, a pesar del juicio contrario de M. Mortillet, que, basado únicamente en la existencia de otras perlas que se alejan de la forma primitiva, dice, comparándolas, en su *Museo Prehistórico*: «Esta perla prueba que el emblema fálico procedente carece de fundamento.» Yo creo que, a la vista del material encontrado hasta ahora, cabe dar una cumplida réplica a esta opinión, ya que sólo en el ajuar del Trou de Viviés tenemos una historia bastante completa de su evolución, historia que puede seguirse con las aportaciones de M. R. Sauter, pues precisamente la perla encontrada en Suiza es del tipo de la señalada con el número 14 de este ajuar, que indica ya su evolución hacia la forma de cuernos de toro, símbolo de la fuerza o del principio viril, que, como hace notar el señor Hélena, se encuentran frecuentemente en los palafitos helvéticos.

¿Adónde nos llevaría esta última observación? Tal vez demasiado lejos, sobre todo mientras nuestros conocimientos acerca del caso no sean más completos; pero de cualquier modo uno no puede impedir que su imaginación deseosa de buscar el camino hacia síntesis que abarquen amplias explicaciones de los hechos, se fije incluso en los amuletos en forma de media luna, usados en numerosos pueblos actuales y de los que tan sugestivos detalles nos da Ismael del Pan en su trabajo sobre el folklore hispanoportugués. Ante realidades como éstas, no parecerían excesivos los 25.000 años de que hablamos anteriormente, puesto que a través de los 30.000 que nos separan de nuestros antepasados aurñacienses sentimos aún pervivir en nosotros un eco de sus creencias, de sus temores, de sus angustias, de sus supersticiones.

Nada inverosímil parece, por otra parte, pensar que las cuentas de collar con aletas, en su acepción de amuletos fálicos, que es la interpretación más admitida, hayan tenido su origen en el aurñaciense, cultura de características matriarcales que se expresan en las creencias animistas manifestadas en su culto y temor de los muertos (sepulturas en cuclillas, boca abajo, cubiertas de piedras, etc.), en su veneración hacia las «pertenencias» de éstos (cráneos, huesos, etc.), y a sus representaciones escultóricas, consideradas como si fuesen el muerto mismo, es decir, sustentáculos de su materia anímica, de su fuerza vital, que reside con preferencia en determinados lugares del cuerpo, en los que se concentra el «mana», forma exterior y sensible de lo que podría llamarse el principio que luego se individualizará en forma de dios totémico. Esto supone, naturalmente, la creencia de una vida ulterior del muerto, cuya presencia se trata por tales recursos de conservar en medio del clan, utilizándola en beneficio del mismo.

Viendo la cuestión desde este aspecto, nos parece extraño el hecho de

ser aun relativamente raros los hallazgos de cuentas de collar con aletas. Si la hipótesis anterior fuese cierta, debemos esperar encontrarlas con cierta frecuencia y con mayor continuidad en el tiempo, ya que cabe pensar en que hayan pasado inadvertidas en más de una ocasión. Sería sugestivo poder seguir la historia de su dispersión y de su estilización sucesiva, así como de sus diferentes transformaciones a través del tiempo y del espacio. Para nosotros tiene interés el hecho, que no parece justificable, de no haber sido halladas hasta ahora en la península, al menos que yo sepa.

Muy grato había de ser para mí contribuir, siquiera sea en tan mínima parte, a que miradas más autorizadas que la mía se fijen en esta extraña circunstancia y muevan el empeño de otras voluntades en la empresa de aclarar su enigma.

(Comunicación leída en el I Congreso de Arqueología del Levante Español.)

